

EL REY DE LOS AZOTES,

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

D. ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES.

REPRESENTADO POR PRIMERA VEZ EN EN EL TEATRO DE SAN FERNANDO,
EN SEVILLA, EL 25 DE FEBRERO DE 1855.



MADRID:

IMPRESA DE J. M. ALEGRÍA,

Ancha de S. Bernardo núm. 73.

1855.

PERSONAS.

DON PEDANCIO BOBADILLA.
PELEGRIN.
DON CARLOS ALVARADO.
DON RUPERTO VALDERMOSO,
*bajo el nombre de don Cris-
óstomo.*
CÁRMEN, *su hija, bajo el nom-
bre de María.*
DOÑA DOMINGA, *patrona de
huéspedes.*
DON ANTONIO, *doctor en me-
dicina.*
UN CRIADO.
UNA DONCELLA. }
UN BARBERO. } *No hablan.*
UN SANGRADOR. }
UN GATITO.

ACTORES

SEÑOR LOZANO.
SEÑOR PARREÑO.
SEÑOR GARCÍA MUÑOZ.

SEÑOR FAUBEL.

SEÑORA CAIRON.

SEÑORA MUÑOZ.

La acción pasa en Madrid en 1855, en casa de D.^a Dominga.

Este juguete pertenece á la Galeria Dramática, que comprende los teatros moderno, antiguo español y extranjero, y es propiedad de su editor *Don Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso le reimprima ó represente en algun teatro del Reino, ó en los Liceos y demas Sociedades sostenidas por suscripcion de los Socios, con arreglo á la ley de 10 de Junio de 1847, y decreto Orgánico de teatros de 28 de Julio de 1852.

AL SEÑOR D. JOSÉ BENAVIDES.

Tú eres para mí, querido Pepe, entre todos los jóvenes que he conocido en Sevilla, literatos é iliteratos, el que mas títulos tiene á mis simpatías. Lejos de mí la idea de agraviar á nadie; pero si acaso existe, ignoro cual sea el que te aventaje en constancia, en laboriosidad y amor al estudio. Luchando con el infortunio y la pobreza, has sabido abrirte camino, concluir tu carrera, crearte una posicion; y apóstol de la inteligencia, trabajando sin descanso y á la vez, en la prensa, en el profesorado y en el teatro, eres el sosten y el orgullo de tu numerosa familia.

Quiero darte un testimonio público de la estimacion que tu noble proceder me inspira; y te ruego que admitas la dedicatoria de este juguete,

cuya lisonjera acojida, debióse en gran parte al efecto que produjeron en los espectadores los magníficos versos de tu ALBERTO. Recordarás que el REY DE LOS AZOTES, ó mejor dicho, el CÓLERA (que este fué su título primitivo) se estrenó en el primer coliseo de la capital de Andalucía, acompañado de tu drama, y para eternizar en tu memoria el recuerdo de esa noche, he querido unir como entónces nuestros dos nombres y añadir una humilde siempreviva á la espléndida guirnalda que el porvenir te reserva.

¡ Ojalá pudiera darte lo que yo tampoco tengo; pero que tú eres digno de alcanzar y alcanzarás algun dia: renombre y fortuna, honra y provecho!

Adelante! jóven amigo mio! largo y penoso es el camino; pero tambien grande y sublime la recompensa. Adelante! y vencedor ó vencido, no olvides nunca que te quiere con alma y corazon, tu *invariable* y leal amigo

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

Madrid 25 de Mayo de 1855.

ACTO ÚNICO.



Sala de descanso decentemente amueblada.—Cuartos con cortinas á derecha é izquierda.—Una mesa con periódicos y recado de escribir.

ESGENA PRIMERA.

DON PEDANCIO Y PELEGRIN.

PED. (*Paseándose muy agitado con una carta en la mano, el cabello y la ropa en desorden, deteniéndose á intervalos, cruzando los brazos, hiriendo el suelo con el pie, y manifestando en sus gestos y ademanes el estado violento en que se halla.*) Vamos, es cosa de perder la cabeza: ¡antojársele ahora á ese pariente del infierno, á quien no conozco, que vaya á verle... ahora que no tengo un maravedí, ahora que me encuentro arruinado, completamente arruinado!...

PELEG. Pero señor, no vaya usted, y santas pascuas.

PED. Imbécil! No ves que don Ruperto Valdermoso es un hermano de mi difunta madre, que tiene una hija preciosa, encantadora, segun dicen, y hace mucho tiempo que está concertada nuestra boda?

PELEG. Y las cualidades morales (*haciendo con los dedos señal de dinero*) de esa preciosa y encantadora niña corresponden á las físicas?

PED. Tiene cuarenta mil duros de dote!!

PELEG. Cuarenta mil duros!!!... Ochocientos mil reales!!!
Señor, póngase usted en marcha ahora mismo, corra, vuele, no pierda usted un minuto. ●

PED. Y cómo?

PELEG. En la diligencia, en galera, á caballo, en un burro, á pié si no es posible de otro modo.

PED. Eh! si no tengo un ochavo.

PELEG. Es cierto: debe usted á la patrona cuatro meses, y tiene empeñada toda su ropa.

PED. Y cómo en tan lastimoso estado me presento á mi tío, que me cree ventajosamente establecido en Madrid, ejerciendo mi profesion de Médico?

PELEG. (Ignora por lo visto que ha malgastado alegremente la regular herencia de sus padres.)

PED. Y no hay remedio, necesito cuatro mil reales lo menos... Cómo escapo á mis acreedores?

PELEG. Haga usted lo que la Hacienda española... conviértase usted en duende.

PED. En duende? Estás loco?

PELEG. Duende, señor, segun el Rev. Padre Juan Fuente la Peña, *no es otra cosa que un animal invisible SECUNDUM QUID ó casi invisible, trasteador; (Señal de braccar.)* y como el dinero escasea hoy tanto en las arcas públicas...

PED. Buen duende estás tú! Silencio!... la pupilera.

ESCENA II.

Dichos y DOÑA DOMINGA con un gatito bajo el brazo, que sacará oportunamente.

PED. (*Profunda reverencia.*) Señora doña Dominga!

DOM. Menos cumplimientos y mas exactitud, señor mio; me debe usted ya cuatro meses, y estoy cansada de su poca formalidad; ó me paga, ó se va hoy mismo. No quiero que dé usted mal ejemplo á mis otros huéspedes. Necesito dinero!...

PELEG. Y á quién le sobra hoy en España?

PED. En adelante pagaré diariamente lo que consuma.

DOM. Y cómo esos arbitrios... se han suprimido...

PELEG. (Ella cobrará y él no pagará.)

DOM. Empezaré por suprimir desde hoy los consumos para usted y el tragon de su criado.

PELEG. Pido la palabra para una alusion personal.

PED. Con calma, Pelegrin, con calma. Nunca es mas indispensable que en estos casos.

PELEG. Seré muy breve.

PED. (Va á hablar tres horas si le dejo.)

PELEG. (*Con aire desdeñoso.*) Todos los dias se me dirigen en esta casa necias indirectas, y ataques mas ó menos embozados. Basta que un hombre pertenezca á la clase de *Fámulo* ó criado, para que se le conceptúe parlanchin, enredador, haragan, amigo de la sisa, y lo que es peor, tragon!

DOM. Digo! El domingo pasado no devoró usted solo la comida de todos los huéspedes, de catorce personas! que ese dia con motivo de la revista, no comieron en casa?

PELEG. (*Con vehemencia.*) Antes de lanzar acusaciones tan graves y generales, es preciso exhibir pruebas irrecusables, señora, manifestar los fundamentos...

DOM. Solo usted quedó ese dia en casa.

PELEG. No es exacto: tambien habia otros.

DOM. Quiénes?

PELEG. Su perro y su gato, que son dos verdaderos Eliogábalos. Ademas, hay muchos ratones en esta casa, muchisimos!

DOM. Es un falso testimonio: jamás vi tales ratones, y en cuanto al perro y el gato, este (*Saca el gatito.*) tiene dos meses, y el otro es un falderito americano.

PELEG. Se evaporaria la comida con el calor excesivo de la lumbre. No sabe usted lo que pasa con la manteca asada?

PED. No te salgas de la cuestion, Pelegrin.

PELEG. Estoy en la cuestion, y espero que la señora rectifique su juicio, y retire sus palabras, no por mi, si no por la benemérita clase de fámulos á que pertenezco, tan calumniada, y digna á todas luces de mejor suerte.

PED. No dudo que la señora, cuya amabilidad y benevolencia...

DOM. Llámeme usted hache. (*A Pelegrin.*) No es usted tragon; pero devora como un buitre.

PELEG. Señora, protesto enérgicamente á la faz de mi amo y del mundo, contra semejantes calificaciones, y declaro que ni aquí, ni fuera de aquí, estoy dispuesto á tolerar insultos de nadie!

PED. (Dios salve el pais... el pan nuestro...) Al orden! Pelegrin, al orden!

PELEG. (*Con énfasis.*) Estoy en mi derecho, y continúo.

PED. (Se conoce que lee con fruto los periódicos.)

PELEG. La señora ha sustituido á la palabra *tragon* la de *buitre*, y si la respetable señora doña Dominga (le daría

de patadas!) establece una distincion capital entre la cualidad intrínseca de comer, propia de todos los animales, y la manera plástica, exótica y fenomenal como se verifica dicha operacion, imitando al susodicho cuadrúpedo, el buitre á que alude, en particular y *simpliciter, secundum natura, Musa Musæ, quis vel quid...* entonces... entonces... *Bonus, bona bonum!*

DOM. Qué dice usted?

PELEG. Que me doy por satisfecho.

PED. Y yo tambien. (*á doña Dominga.*) Se da por terminado este incidente.

DOM. No entiendo esa monserga, dejémonos de disputas inútiles... Se trata de que ustedes me paguen, ó se larguen con la música á otra parte; que llenen satisfactoriamente sus compromisos, ó dejen el lugar que ocupan á otros huéspedes mejores. Yo lo quiero, yo aquí mando, y pongo la ley en mi casa!

PELEG. (*Exaltándose á medida que habla.*) No levante usted banderas exclusivas. El *yo* es antisocial y satánico. Dios solo es unipersonal y absoluto. Cada hombre concreta en sí toda la humanidad: de ahí nace la ley de armonia y amor. Los derechos y deberes son solidarios; coexisten y consisten desde la eternidad en auxiliar al débil contra el fuerte, como por ejemplo al huésped contra la pupilera. De aqui se deduce que la libertad es el derecho que tiene el hombre de desenvolverse en sí mismo, por sí mismo y para sí mismo. Luego todo el que nace tiene el derecho á la vida, es decir, á la comida, propia ó agena. Por eso el Evangelio ordena dar de comer al hambriento y de vestir al desnudo; y por eso el mejor gobierno es aquel en que todos mandan y ninguno obedece!

PED. (Bravo!) Al orden, Pelegrin al orden!

DOM. A la calle ó á Zaragoza digo yo. Vaya una lógica y una manera de racionar...

PED. Escuche usted señora.

DOM. Ni una palabra mas... lo dicho, dicho.

ESCENA III.

DON PEDANCIO, PELEGRIN.

PED. Haga usted revoluciones y suprima gabelas y tributos en favor de estos Cafres! Qué te parece, Pelegrin, has visto qué muger?

PELEG. Calle usted señor, si es una reaccionaria, una polaca!

PED. Rehuye la discusion y resuelve las cuestiones con un despotismo y una arbitrariedad peor que la de los tiranos que sucumbieron en julio.

PELEG. Y acabará por proscribirnos... de su mesa.

PED. Eso no, voto á las barricadas!

PELEG. Estuvo usted en ellas?

PED. Que si estuve? en todas me hallé, todas las recorri, todas! (el dia que se demolieron.)

PELEG. Señor.

PED. Que?

PELEG. Me ocurre una idea.

PED. Veamos.

PELEG. Justicia, moralidad y caridad sea nuestra divisa. No mas vejámenes patroniles! No mas exigencias descabelladas por parte de la señora doña Dominga! Pedir dinero al que no lo tiene, es la locura, es el atentado, es el escándalo mayor que conozco. La rebelion es el único recurso que queda al oprimido contra el opresor. Pronunciémonos. Venga lo que venga y suceda lo que suceda.

PED. Esplicate, hombre.

PELEG. No es usted médico?

PED. Tengo mi título de tal, aunque maldito lo que entiendo de medicina. Seguí la carrera por complacer á mis padres; pero no asistí á los cursos... En una palabra, soy médico como muchos son abogados, literatos, estadistas y generales. Pero que tiene que ver eso con mi situacion?

PELEG. No lo adivina usted?

PED. No.

PELEG. Hace algun tiempo que se ha entronizado un terrible azote en Madrid.

PED. Cuál de ellos? hay tantos...

PELEG. El rey de todos... el cólera!

PED. Y bien?

PELEG. Por qué no hace usted creer aqui á todo el que convenga, que se halla atacado del mal ó en visperas de serlo? usted me entiende?

PED. La idea... no deja de ser ingeniosa; pero...

PELEG. Nada; les receta usted cualquier cosa insignificante.

PED. Como por ejemplo...

PELEG. Una fuerte sangria, diez botellas de Leroy, mil sanguijuelas, una docena de ventosas, cien cáusticos...

PED. Demonio!

PELEG. Cualquier remedio suave, que los tenga en cama quince ó veinte dias...

PED. Y si se muere alguno?

PELEG. Lo entierran y deja de penar; además, después de muerto, aunque quiera, no podrá contárselo á nadie.

PED. Y si los enfermos conocen mi ignorancia?

PELEG. Señor, hay libertad ó no hay libertad? usted hará lo que pueda y sepa. A los enfermos toca curarse ó morir: eso queda á su eleccion. Vea usted lo que pasa en las altas regiones. Asista usted á los interminables sermones de los padres con Cristo.

PED. Tienes razon. Hablaré hasta por los codos, y como don Hermógenes, lo que diga en latin, lo explicaré en griego para mayor claridad.

PELEG. Ahí está el intrínquilis. Procure usted que no le comprendan y suelte sin misericordia palabrotas altisonantes y estrambóticas. Diputados, ministros, periodistas y grandes hombres hay, que dejan al vulgo atónito cada vez que hablan ó escriben. En cambio tienen la ventaja de que nadie les entienda ni de entenderse ellos mismos entre si.

PED. Así anda todo... pero al fin nos vemos libres.

PELEG. (De buenas comidas.) Señor marche usted también con su época; esa es la primera cualidad del génio.

PED. Tan desesperado estoy, tan dado á Lucifer, que desde hoy mismo pondré en planta tus consejos... Estoy decidido.

PELEG. Entonces señor... usted lo quiere, yo lo quiero, cúmplase... nuestra santa voluntad!

PED. Cómo se conoce Pelegrin que no has nacido en la humilde condicion en que te ves!

PELEG. Así es la verdad, señor; la revolucion me ha hundido: *hembra* al fin para que no fuese caprichosa é injusta.

PED. Siempre la virtud se ve oprimida en la tierra!

ESCENA IV.

PELEGRIN solo

La revolucion... bah! Yo no era mas que ayuda de cámara de un pérfido polaco que emigró á Francia sin pagarme un año de salarios que me debia. Desde ese instante me hice fusionista, moderado, conservador, progresista, demócrata, republicano, socialista, comunista, cualquier cosa, que el hambre es escéptica, cosmopolita, universal, y se acoge á todas las banderas, siempre que á su sombra pueda acallar el clamor incesante y las horribles

punzadas de la conciencia, (*Se dá un golpe en el estómago.*) pero si logro casar á mi nuevo amo como espero, yo me armaré, cazaré por mi cuenta, y á ría revuelto... (*Señal de uñate.*)

ESCENA V.

PELEGRIN, CARLOS, *un criado con una maleta.*

CRIADO. Este es su cuarto, señor.

CAR. Bien, tira por ahí esa maleta. (*Entra el criado en uno de los cuartos del proscenio.*)

PELEG. Qué nuevo pajarraco será este? Viste con elegancia... tiene un aire muy distinguido... sin duda es rico... (*Sale el criado.*)

CAR. Cual es la habitacion de don Pedancio Bobadilla.

CRIADO. (*Señalando para dentro.*) Aquella, la tercera de la derecha.

CAR. Está en casa?

CRIADO. No lo sé... ahí tiene usted á su criado que podrá responderle.

ESCENA VI.

CARLOS, PELEGRIN.

CAR. Ha salido tu amo?

PELEG. No señor.

CAR. Está visible?

PELEG. Sí señor.

CAR. Pues vé y dile que un caballero desea hablarle al momento.

PELEG. Al momento?

CAR. Sí.

PELEG. Pero...

CAR. Si te detienes un minuto... (*Coge una silla.*) (Qué voy á hacer?)

PELEG. Señor, esa manera de esplicarse tan paternal y moderada...

CAR. Hombre, padezco de los nervios: toma (*Le dá algunas monedas.*)

PELEG. (Dos napoleones!) Este es pájaro de cuenta... regala como un príncipe... antiguo; se espresa como un demócrata; ordena y manda como un ministro constitucional... con él empezarán los ensayos patológicos de mi amo.

ESCENA VII.

CARLOS *soto*.

Ahora sabré lo que me es dado esperar de ese hombre...
Quiero sondearle primero antes de franquearme con él.
Oh! si no consigo reducirle á la razon, le mato sin remedio!

ESCENA VIII.

CARLOS, DON PEDANCIO *con un libro en folio debajo del brazo, un lente, un baston con borlas.*

PED. Caballero...

CAR. Usted perdonará que le haya molestado. (No sé por dónde empezar; me fingiré enfermo.) Acabo de llegar en este momento de Valladolid, y sintiéndome algo indispuerto, he querido consultar á usted.

PED. (*Se acerca, le contempla muy minuciosamente le toma el pulso, y desde esta escena en adelante habla con toda la pedanteria de que es capaz un charlatan.*)
Qué es lo que usted siente? En efecto, ese color rubicundo inyectado de violáceo trasparente que enrojece las faces de usted, indica, á no dudarlo, que hay plétora y solucion de continuidad en el cuello del fémur.

CAR. (Qué oigo! este hombre es un pollino! disimulemos.)
Y usted cree...

PED. Creo que necesita usted á toda priesa un antiespasmódico ó una sangria de la yugular en el abdómen, junto con algunos astringentes, mucilaginosos y refrigerantes... temo mucho una flemesia en los órganos parenquimatosos.

CAR. Y cómo se llama mi enfermedad?

PED. Una hepatitis interminente.

CAR. (No eres tu mala hepatitis!)

PED. No siente usted ya cierto hormigueo profilático en los músculos glúteos y en la arteria tibial?

CAR. Dónde quedan esos músculos y esa arteria?

PED. Aquí (*Le señala al cogote.*)

CAR. En efecto, creo que me duele la cabeza.

PED. Pues amigo mio, siento mucho decirselo á usted; pero todo su diagnóstico indica que está usted gravemente amenazado...

CAR. De qué?

PED. Del cólera! del cólera morbus!!!

CAR. Hombre!... (miente con tanta impudencia y desfachatez que si no fuera yo médico le creeria. Oh! que idea se me ocurre... me aprovecharé de su ignorancia.) Con qué estoy tan malo, eh?

PED. Malísimo, y si deja usted que el principio morboso mefítico se desarrolle...

CAR. Qué me sucederá?

PED. Nada! una friolera! se le oxidará á usted por lo pronto la traquiarteria y el ileon; luego vendrá una exantema febril acompañada de ingurgitaciones en los bronquios intersticiales, en seguida una hidropericarditis aguda con un marasmo intercadente de las criptas muciparas, despues...

CAR. No mas; no mas! que me horroriza usted! que he de hacer para conjurar los males que me amenazan?

PED. Por ahora meterse en la cama y tomar por todo alimento un poco de fécula de cicas circinales, y mañana el laxante que voy á recetarle. (*Se sienta y va leyendo en voz alta lo que escribe: á cada periodo hace Carlos un gesto de sorpresa.*) Acetatis plumbi; unciam: tartari hemetici, semi-unciam: lactati ferri, scrupulum: yeso blanco bien cernido, libram.

CAR. (Oh estupidez!! la receta y la dosis son tales que harian reventar á un elefante.)

PED. Disuélvase en dos cuartillos de aguardiente alcanforado... tomará usted cuatro cucharadas de café cada diez minutos.

CAR. Querrá usted decirme para qué es el yeso?

PED. Para fortificar las paredes del estómago y las concavidades del exófago. (*Guarda la receta.*) Mandaré traer una toma de Leroy, y así pondré á cubierto el honor del pabellon) daré la receta á mi criado.

CAR. Gracias, amigo mio, mil gracias: ahora que nos conocemos y que su gran sabiduria me inspira confianza, voy á confiarle un secreto de suma importancia para mi.

PED. Hable usted: al grano, como diria algun sevillano.

CAR. Dentro de poco debe venir acompañada de su padre una jóven muy bella; tan bella como infeliz, esa jóven es parienta mia, y ha tenido la desgracia de casarse secretamente... (Perdoná Carmen si te calumnio!...)

PED. Comprendo.

CAR. Es preciso que usted en su calidad de médico y de persona inteligente en la materia, se lo revele á su padre con las precauciones necesarias.

PED. Y si ella niega el hecho?

CAR. Pronuncie usted en voz baja el nombre de Carlos Alvarado, su vil seductor, y la verá inclinar los ojos al suelo llena de vergüenza.

PED. Bien, no lo olvidaré; (esto marcha, va á venir tanto dinero, que será preciso decir basta!)

CAR. (Todo su pelaje respira miseria, conviene engolosinarle. (*Saca una cartera y la abre.*) *Unámonos liberalmente* para esta obra generosa y santa, y mi gratitud será eterna, amigo mio... recompensaré á usted generosamente... Diab!o! si habré perdido la carta que tenia aquí... no la encuentro.

PED. (Ay! cuánto billete de banco!... este hombre se compromete y me compromete.)

CAR. (Con que codicia mira el dinero: ah! si fuese mio se lo daria todo con tal que me dejase libre el campo.)

PED. (Se condena este hombre y me condena. Le amortizaré.)

CAR. (*Prestando el oido.*) Siento ruido... suben la escalera... son ellos... no quiero que me vean... hasta luego. (*Se mete precipitadamente en su cuarto.*)

ESCENA IX.

DON PEDANCIO en un ángulo de la escena, DON RUPERTO, CARMEN, UNA DONCELLA, DOÑA DOMINGA, PELEGRIN con un saco de noche y una carpeta de cuoba, y el criado con dos maletas.

DOM. (*Abriendo las cortinas del cuarto inmediato al de Carlos.*) Esta es la mejor habitacion de toda la casa, la única que hay desocupada... una elegante sala con dos alcobas... treinta y cuatro reales es lo último.

RUP. Bien: María, entra y vistete: ya que tan impaciente estás por ver las novedades de la Corte, esta tarde iremos al Prado, y á la noche al teatro del Principe.

PED. (Es verdad... los síntomas son característicos... tiene razon el ciudadano de los billetes... (*A Pelegrin.*) pobre niña! tan jóven, tan bella y... Ay infeliz de la que nace hembra!

PELEG. Es decir, hermosa, que las feas no son mugeres.

PED. Pues que son?

PELEG. Patos, lechuzas, camaleones políticos, que no se sabe á que cofradía pertenecen.

RUP. Yo voy á ver si he llegado á tiempo para sacar algun provecho del malhadado asunto que me trae á Madrid... no puedo perder un momento... á ver tu, perillan, (*A*

Pelegrin.) dame esa carpeta. (*La abre y hojea algunos papeles.*)

PEL. Billetes de Banco, letras de cambio! Este hombre no pertenece á la situacion.

RUP. Adios. (*Entrega la carpeta á Cármen.*)

CARM. No tarde usted mucho papá, (*Cármen, doña Dominga y la doncella entran en su habitacion.*)

RUP. Vuelvo en seguida.

ESCENA X.

DON PEDANCIO, PELEGRIN.

PELEG. Señor, ha visto usted á ese hombre!

PED. Sí, le he visto.

PELEG. Y no ha reparado usted nada en su fisonomía?

PED. Nada.

PELEG. Es singular! pues ese hombre está muy propenso á ser atacado de la epidemia.

PED. Es rico?

PELEG. Así lo infiero de los cartuchos de onzas de oro, billetes y letras (*Con énfasis.*) que trae en esa carpeta que acaba de abrir.

PED. No serán letras y libranzas protestadas?

PELEG. Tal vez... pero siempre queda el oro? yoros son triunfos.

PED. Oh! Pelegrin la suerte nos sonrie, y sino fuera por esa maldita polaca...

PELEG. Héla aquí...

PED. En nombrando á Roma...

PELEG. El pontífice asoma.

ESCENA XI.

Dichos y DOÑA DOMINGA.

AMO y CRIADO *fingen no apercibirse de su llegada, y siguen hablando en voz baja con gran fervor. DOÑA DOMINGA cruza los brazos y se va acercando á ellos lentamente.*

DOM. Todavía está usted aquí? (*Le toca en el hombro.*)

• Responda usted don emplasto.

PED. (*Mal lobo te coma*) (*Haciendo una profunda reverencia.*) señora doña Dominga!

DOM. Señor mio, no le he dicho á usted que me pague ó se marche?

PED. Que oposicion tan sistemática y rastrera!

PELEG. (Vénganos, y hágase tu voluntad.)

DOM. El que no llora no mana.

PED. Señora, no imite usted al despótico bando que con sus tiranías apuró el sufrimiento de todos los buenos patriotas: no abuse usted del principio de autoridad... como patrona. Mire usted que las reacciones son terribles; y sobre todo no insulte usted á un hombre libre que abomina la opresion bajo cualquier forma que se presente.

DOM. Prefiero la esclavitud en la opulencia á la libertad sin un ochavo.

PED. Uff! polaquismo puro!... pobre España!!!

DOM. En fin yo mando en mi casa, máchese usted normala y lo perdido perdido.

PED. Señora, basta: mi dignidad y mis principios ultrafurrieristas, me prohíben seguir una polémica con una persona tan retrógada como usted, hoy mismo me mudaré (de camisa...) Solo le ruego que no se irrite tanto porque eso es muy peligroso en tiempos de epidemia.

DOM. A Dios gracias yo gozo de muy buena salud.

PED. Eso cree usted, pero yo que soy médico... (*Se acerca á ella y le coge la mano.*) yo que conozco todos los síntomas, todos los preludios de ese terrible mal, (*Le toma el pulso, mueve la cabeza, y frunce los labios.*) le aseguro á usted, le aseguro á usted que no tardará mucho en arrepentirse de su crueldad conmigo.... digo... eh (*á Pelegrin.*) al fin, yo la hubiera asistido gratis, y librádola de atroces padecimientos y acaso de la muerte!!!

DOM. Que, por ventura estaria yo mala sin saberlo? (*Azorada.*)

PED. Hum! (*Mueve la cabeza con aire siniestro.*)

DOM. Hable usted; qué tengo?

PED. Segun todas las apariencias, tiene usted...

DOM. Qué? qué?

PED. Tiene usted apolillados los ganglios linfáticos y las glándulas mamarias, y ademas afectada la médula oblongata y el hidrotorax.

DOM. (*Persignándose.*) Ave Maria purisima! y eso, qué significa?

PED. Significa que antes de veinte y cuatro horas va á ser usted atacada del cólera!

DOM. Jesucristo! (*Se apoya en Pelegrin.*)

PELEG. (*Da un brinco.*) *Demoniam, vade retro!*

DOM. (*Apoyándose en la mesa.*) Ay! si, ya me parece que estoy enferma... si, siento una opresion en la garganta... la sangre se me agolpa á la cabeza. (*Tiende el brazo á Pelegrin.*)

PELEG. *Fugite... dominus vobiscum!*

PED. Lo ve usted, muger pertinaz y cruel, lo ve usted? pues mañana será peor.

DOM. Ay! no se marche usted de casa... dígame qué he de hacer.

PED. Acuéstese usted, y con unas fumigaciones de sulfato de potasa en la columna vertebral, unos paños de agua tofana en los tobillos y cuatro dracmas de panquimago-gó, cortará usted los progresos del virus deletéreo que se ha infiltrado en sus hipocondrios.

DOM. Si, voy corriendo: (zufflato, demagogo?... si será eso algún veneno?... no, yo no me fio de este hombre... acaso quiere suspender mis garantías individuales y despacharme al otro mundo para no pagarme... Voy á mandar llamar otro medico). (*Váse corriendo.*)

ESCENA XII.

DON PEDANCIO y PELEGRIN.

PED. Al fin luce para mí una nueva era!.. Bien decían los romanos: *Audaces fortuna jubat.*

PELEG. A quien madruga, Dios le ayuda: y si no que lo diga aquel director... es la traducción de un tomo agri-
Dulce en que me enseñó á leer un cura á quien serví cuando niño.

PED. Oh, descuida! Ya tenemos segura á esa esbirra ó sayona, que es lo principal.

PELEG. Urge ponerla fuera de combate.

PED. Por lo pronto la haré aplicar cuatro docenas de sanguijuelas, una sangria mañana, pasado unas ventosas, y despues la pondré á dieta rigurosa por quince dias. Qué te parece?

PELEG. Magnífico! arrebatador! sublime! (*Viegidio*).

PED. También el perro y el gato espíarán su alevosía.

PELEG. Señor, reclamo piedad para esos inocentes.

PED. Luego no fueron ellos quienes devoraron la comida?

PELEG. (*Golpeándose el pecho.*) Yo pecador...

PED. No importa! Deben estar infeccionados con las per-versas doctrinas de su ama. Son dos sibaritas; hay que hacer un escarmiento: serán suprimidos!

PELEG. Que se supriman! Es indispensable hacer economías.

PED. Voy á prepararles una peladilla ó confite...

PELEG. Como los que se gastan hoy: infelices! *Oh, furorem supresionis!*

PED. Asi me vengaré de su ama... corro á la botica.

PELEG. Y yo á ponerme en acecho para cuando llegue el ciudadano de las letras.

PED. Tambien caerá ese.

PELEG. Y será... desamortizado?

PED. En este caso acepto la desamortizacion pero no la supresion. La estrignina generalmente no se emplea sino para los perros y los gatos.

PELEG. Generalmente, que á veces entre perros y gatos...

PED. Alerta, Pelegrin! que la polaqueria y los serviles no cesan de conspirar.

PELEG. Alerta, mi amo! que peligran las libertades pátrias, ó lo que es lo mismo, nuestra panza. (*Salen por distintas puertas.*)

ESCENA XIII.

CARLOS, *solo.*

CAR. (*Asoma por entre las cortinas de su cuarto y le sigue cón la vista hasta que desaparece.*) Oh, imbécil charlatan! yo te envolveré entre tus propias redes! (*Se acerca á la habitacion de don Ruperto y llama.*) Cármen! (*Pausa.*) Pobre niña! Cuán desgraciada seria unida á un hombre semejante!

ESCENA XIV.

Dicho y CARMEN.

CARM. * Esa voz... Cielos! Cárlos, tú aqui?

CAR. Si, alma mia; recibí tu carta una hora despues que partió la diligencia, y aguijoneado por los celos y la desesperacion, monté á caballo y he llegado á la corte momentos antes que vosotros.

CARM. Has hecho muy mal, y si lo hubiese sabido...

CAR. Perdoname, Cármen; mi pasion...

CARM. Por qué has venido á hospedarte aqui? qué te propones?

CAR. No lo sé aun: pensaba franquearme con tu primo, declararle nuestro amor y proponerle un duelo á muerte si no se comprometia á renunciar á tu mano. Por fortuna en vez del apreciable jóven que nos pintaba tu padre, me he encontrado con un tronera medio loco, y tan pedante que basta oirle para cobrarle antipatia.

CARM. Es cierto, Cárlos?

CAR. Ciertísimo, ya lo verás.

CARM. Y mi padre que te ha despreciado por él!

CAR. No Cármen, ese ha sido un pretexto: me ha despreciado porque nada tengo mas que mi profesion de médico. Hasta tuvo valor de arrojarme de su casa y prohibirme que pusiera los pies en ella! y eso que yo no le pedia nada, nada mas que tu mano.

CARM. Por eso te amo doblemente mi buen Cárlos, y seré tuya á despecho de todo. Confiemos en la Providencia que no nos desampará.

CAR. (Fiate en la Virgen y no corras!) Si confiemos en la Providencia; pero dime... sabes cuántos dias permanecerá tu padre en Madrid?

CARM. Eso depende del asunto que le trae aqui.

CAR. Si: los cuarenta mil duros que tenia en su poder la casa de Nikelman que ha quebrado.

CARM. Hace cuatro dias recibió en Málaga un anónimo en que se lo decian y esa misma tarde se puso en marcha.

CAR. Pero no alcanzo con qué objeto ha querido presentarse con un nombre supuesto.

CARM. La tardanza de mi primo y su obstinacion en no salir de Madrid, empezaban á inspirarle sérios temores. Ya que voy á la capital cuando menos lo esperaba y sin que nadie lo sepa, me dijo, aprovechemos esta ocasion y sorprendámosle: desde que salgamos de las puertas de Málaga, yo me llamaré don Crisóstomo Contreras, y tú María.

CAR. Oh! y qué bien hiciste en escribirme aquellos pocos renglones! Gracias á ti, tu padre no perderá nada.

CARM. Cómo?

CAR. Oye: en Ocaña me encontré con Nikelman.

CARM. Le conocias?

CAR. De vista: sabes que el año pasado estuve en Madrid.

CARM. A graduarte?

CAR. Pues... Al verle el Cielo me inspiró una idea divina; saqué las pistolas que llevaba en el arzon; subí tras él al cuarto que le habian destinado, y cerrando la puerta le digo: Señor Nikelman: yo soy el hijo de don Ruperto Valdermoso, ó me entregais los cuarenta mil duros que habeis robado á mi padre ú os levanto la tapa de los sesos.

CARM. Y él qué contestó, dí?

CAR. El miserable vaciló... pero al notar que yo amartillaba una pistola, dispuesto á cumplir mi amenaza, sacó una cartera y me entregó en billetes de Bancó la

cantidad que le exigia... Aquí está. (*Saca una cartera y la ofrece á Cármen.*)

CARM. Guárdala, guárdala amigo mio, para ponerla tú mismo en manos de mi padre: tal vez...

CAR. Nada esperes, Carmen, tu padre es implacable... luego... es demasiado rico para que la pérdida ó adquisición de esta suma le alegre ó le entristezca mucho. Solo hay un medio, uno solo!

CARM. Dílo.

CAR. No, si no has de querer.

CARM. Querré.

CAR. Querrás?

CARM. (*Despues de vacilar un instante.*) Si.

CAR. Carmen reflexiónalo bien, antes de empeñarme tu palabra.

CARM. Confio que no me exigirás nada que no esté en el órden?

CAR. Lo ves?... ya te vuelves atrás.

CARM. Vamos habla.

CAR. No me atrevo.

CARM. (Querrá tambien que le ruegue que se atreva?... tengamos caridad con el prógimo.) Cárlos, te ordeno que me contestes.

CAR. Acaso me has preguntado algo?

CARM. Si señor, deseo que me digas pronto lo que quieres.

CAR. No te enojarás?

CARM. (*Dá una patada en el suelo, luego añade sonriendo con mal disfrazada ira*) Jesus! qué calma! Carlitos, hijo mio, habla claro, pronto y sin rodeos... ¿has entendido, mi amor?... Pronto!.. porque sino...

CAR. Qué harás?

CARM. Me casaré con mi primo.

CAR. No lo digas ni en chanza.

CARM. Pues habla.

CAR. (Corazon... valor!) Es preciso que hagamos creer á tu padre, por algunos minutos nada mas, que estamos casados en secreto.

CARM. Cárlos! Cárlos!! (*Ruborizándose.*)

CAR. Perdóname vida mia! es la única esperanza que nos queda... si tu padre no cede ante esa consideracion, no cederá á ninguna: y en último resultado, qué importa una mentira inocente que á nadie perjudica y puede hacer nuestra felicidad! Cármen, encanto mio, luz de mis ojos, alma de mi alma! acepta por mí algunos instantes el enojo de tu padre, deja que te crea culpable media hora,

- y yo te pagaré con toda una vida de abnegacion y ternura el sacrificio que me hagas.
- CARM.** (Sí, su noble accion, su acendrado cariño merecen una recompensa que los iguale.) Cárlos no sé si tendré valor; pero si tú te empeñas....
- CAR.** Te lo pido de rodillas.
- CARM.** Levanta, haré cuanto quieras; pero no olvides nunca que si esto se divulga acaso la malevolencia se ensañe en mi reputacion; no olvides el gran sentimiento que voy á causar, aunque momentáneo, á mi buen padre; no olvides que acepto por tí todas las consecuencias de una falta de gratitud y respeto hácia el autor de mis dias. No me querrás luego menos?
- CAR.** Nunca, nunca, adorada Cármen te arrepentirás de haber confiado tanto en mi lealtad.
- CARM.** Siento pasos... vete.
- CAR.** Valor y resignacion, vida mia y venceremos la terquedad de don Ruperto.
- CARM.** Prudencia te recomiendo yo... procura no encontrarte con mi padre hasta el momento decisivo.
- CAR.** Descansa en mi. (*Los dos se dirigen á sus respectivas habitaciones, detiéndense á un tiempo en el umbral y vuelven la cabeza.*)
- CARM.** Adios ingrato! (Qué no haria yo por él?)
- CAR.** Adios fea! (Es encantadora, me daria un tiro por ella!)

ESCENA XV.

DON RUPERTO á poco PELEGRIN.

- He llegado tarde: el pájaro ha volado... Cuarenta mil duros perdidos!... y para colmo de alegría los informes que he recibido de mi señor sobrino son altamente satisfactorios! El tunante ha malgastado su herencia entre cortesanas y táhures. (*Coge una silla y se sienta cerca de la mesa.*)
- PELEG.** (*Al paño.*) Ya está de vuelta... buen rato me ha tenido en acecho... que agitado viene! si vendrá del Congreso? voy á prevenir á mi amo.
- RUP.** Y como si todo esto no bastase para desesperarme, el cólera está en Madrid... y segun me han dicho hace horrosos estragos... Ahora lo único que me faltaba era ser atacado de la epidemia... Jesus! ni aun quiero pensar en eso... soy tan aprensivo! nada! mañana, hoy mismo si es posible me vuelvo á Málaga... y en cuánto á ese tuno desde allí le escribiré tratándole como merece. Por grande

que sea mi cariño á la memoria de mi pobre hermana, no puedo ni debo consentir en labrar la desgracia de mi hija! Qué diferencia entre él y Alvarado! Lástima que ese jóven no tenga un maravedí!

ESCENA XVI.

DON RUPERTO, DON PEDANCIO.

- PED. Buenos dias caballero.
- RUP. Servidor de usted... (*Secamente le vuelve la espalda y coge un periódico.*) (Quién será este estafermo?)
- PED. (Vaya un hombre grosero! debe ser algun servilon como una loma!)
- RUP. (Que facha de hambriento tiene!)
- PED. (Como le ataco ahora por la espalda?... no puedo verle la cara... procuremos entablar conversacion.) (*Se sienta y coge otro diario.*) Venia á ojear los periódicos.
- RUP. (Habrá chinche!)
- PED. Tate! tate! parece que se esplica el cólera... catorce mil muertos!
- RUP. (*Azorado da un brinco en la silla, y se vuelve precipitadamente.*) Qué dice usted?
- PED. Que ayer han muerto catorce personas.
- RUP. Catorce mil habia, entendido.
- PED. Oiria usted mal.
- RUP. Tal vez. (Que susto me ha dado!)
- PED. Observo la marcha, ó sea el trayecto de la enfermedad... porque como soy médico... ya habrá usted oido hablar de don Pedancio Bobadilla y Alcorcon.
- RUP. (Es mi sobrino!)
- PED. (El muy imbécil se empeña en no contestarme... No haria otra cosa el gabinete con los diputados de la oposicion... voto á crivas! yo le haré que me dirija la palabra. (*Lee algunos instantes mascullando, de pronto esclama.*) Jesus!!! Jesus!!! vivir para ver (*Sigue la lectura: de repente arroja el periódico sobre la mesa y le descarga encima un puñetazo.*) Esto es escandaloso, infame, inicuo! no se como se tolera!...
- RUP. El qué? se puede saber?
- PED. Nada.
- RUP. (Me revienta mi sobrino!)
- PED. Vamos, es cosa de tirar piedras.
- RUP. (*Le mira un instante y tendiendo la mano le pide el periódico.*) Me permite usted?
- PED. Con muchísimo gusto.

Al darle el periódico lo tiene cogido por el otro extremo y sin soltarlo se queda estupefacto contemplando fijamente á DON RUBERTO, como sorprendido y pasmado.

RUP. Como me mira! (*Vuelve la cabeza, tose y escupe.*)

PED. Hum! hum! (*Se adelanta y examina la saliva estendiéndola con el pié y haciendo gestos de sorpresa.*)

RUP. (Dios mio!... El es médico, si habrá notado en mi fisonomía algun sintoma fatal!)

PED. Caballero, me permite usted? (*Le toma el pulso.*) la flatulencia verminosa de sus escreciones salivares me ha llamado fuertemente la atención.

RUP. (Maldito si te entiendo!)

PED. Se ve en sus pituitas el gérmen de una hemotisis pútrida...

RUP. (Me va poniendo en cuidado!) Con franqueza, dígame usted, tengo algo?

PED. Algo! y aun algos señor mio! (*Con voz de trueno.*) ta... ta... ta... si lo que usted tiene no fuera mas que algo! á ver? saque usted la lengua... mas... mas... todavía mas.

RUP. No puedo mas.

PED. Parótidas y ránulas!

RUP. Canario!

PED. Pues señor, sino acude usted inmediatamente á la flebotomía y arteriotomía, auxiliadas por algunos anacartáticos y humectantes, ó bien á los epispásticos diaforéticos, nefríticos, anticaquécticos; ó sino á los febrífugos, escaróticos, alexifármacos, y por último á los...

RUP. Basta, basta; acabe usted.

PED. Sin el auxilio de esos vivificantes simples y compuestos, mañana es usted cadáver.

RUP. Pero, señor, qué tengo?

PED. Qué tiene usted? Ay! es un grano de anís! Está usted amagado de la epidemia reinante.

RUP. (*Temblando y retrocediendo.*) Santa Bárbara bendita! No me lo diga usted, por Dios! mire usted que soy capaz de morirme de aprension.

PED. Ea, valor! No hay que asustarse. (*Toca la campanilla, se sienta y escribe.*) Aqui estoy yo para salvarle: con una purguita muy suave, que hoy he recetado á otro jóven viajero, y unas cuantas sanguijuelas y una sangría, pronto estará usted restablecido. No sabe usted que soy médico, y médico no asi como quiera, no como se acostumbra hoy dia, sino verdadero médico; en fin, y para decirlo todo de una vez, médico de cámara de S. M.

RUP. Ignoraba esa circunstancia. Ay! me duele la cabeza, se me arden los ojos, ya empiezo á sentirme malo. (*Aba-*

tido se deja caer en un sillón.) Para qué vendría yo á Madrid, para qué traería á mi hija? Si me muero, qué va á ser de ella!! Aquí sola! en este infierno!

ESCENA XVII.

Dichos. PELEGRIN.

PELEG. Ha llamado usted, señor? (*Al oído.*) (Hay crisis?)

PED. (No: que es empacho de legalidad): (*En voz alta.*) pásate por casa del sangrador y el barbero, y también por la botica, y trae lo que te digo en ese papel. No tardes.

PEL. Ya estoy de vuelta. (Mi amo es un prodigio: con solo mirar, mata ó prepara para la muerte. No tenía precio para ministro. Así se acabarían los conspiradores, los cesantes y los empleomanos; es decir, toda la nación.)

ESCENA XVIII.

DON PEDANCIO, DON RUPERTO.

PED. (Ahora que este cayó en el garlito aseguremos la magnífica recompensa que tengo derecho á esperar del otro. Abatido y amilanado este buen señor, se encuentra en la mejor disposición de ánimo para recibir cualquier noticia agradable.)

RUP. Ay de mí!

PED. Vamos, don Crisóstomo, tenga usted confianza en mí! Ni usted, ni su señora hija, ni su esposo...

RUP. Qué esposo? (*Levantándose.*) Mi hija es soltera, caballero, y...

PED. Perdóne usted... creí lo contrario... ya se vé... pues... (*Con socarronería.*)

RUP. (Dios eterno! Qué me querra dar á entender?) Caballero, espíquese usted.

PED. Llámela usted si gusta, á fin de que yo pueda confirmar mi juicio.

RUP. Cármen!.. (*Se dirige á su cuarto apresuradamente y la llama.*) (no se lo que me digo) Maria! Maria! (Esto únicamente me faltaba para acabar de enloquecerme.)

ESCENA XIX.

Dichos y CARMEN.

CARM. Quería usted algo, papá? (Llegó el momento crítico, valor!)

RUP. Si, acércate, hipócrita! Interróguela usted. (*A don Pedancio.*)

PED. (*A Carmen al oído.*) Usted no me negará que don Carlos Alvarado es su marido.

CARM. (*Poniéndole la mano sobre la boca.*) Calle usted, por piedad, calle usted.

PED. Luego, usted confiesa...

CARM. Si, todo lo confieso.

PED. Lo oye usted, señor don Crisóstomo? Si la ciencia no puede equivocarse jamás.

CARM. (*De rodillas.*) Perdon, padre mio, perdon.

RUP. Aparta, desdichada. Tú no eres mi hija, no mereces mi cariño!

CARM. Perdon, padre mio, perdon! Yo amaba y amo á Carlos con todas las fuerzas de mi alma; pero nada he hecho de que tenga que avergonzarme.

RUP. Carlos no te quiere á tí: lo que quiere son tus riquezas, lo que quiere es vivir á espensas mias.

ESCENA XX.

Dichos y DON CARLOS.

CAR. Se equivoca usted: Carlos Alvarado, para vivir en una decente medianía con su esposa, no necesita de nadie. Le sobra con lo poco ó mucho que le produce su honrosa profesion; y lejos de exigirle nada, viene á entregarle los cuarenta mil duros que usted creia perdidos, y que he logrado arrancar de manos del ladron por una feliz casualidad, como le informaré en otra ocasion. (*Le da la cartera.*)

PED. (Ola! con qué este caballerito es el mismo Alvarado? Es decir, el que no tiene un maravedí... Los billetes no eran suyos... y yo que le he servido de medianero gratis! Oh! disimulemos... No sé me escape tambien el otro.)

RUP. En efecto... Aquí está la cantidad que tenia en poder de ese tunante... (Dios mio!.. y ahora qué hago? si cedo tengo que entregar el dote en seguida... y es tan duro aflojar de golpe... ochocientos mil reales... no encontrar un pretesto!..)

CAR. (*A don Pedancio á media voz*) Amigo mio una sus esfuerzos á los nuestros.

PED. Quite usted allá, estafador! Es esa la union liberal y franca que usted me propusó... pastelero!

CAR. Si él nos perdona estaré en disposicion de recompensar á usted generosamente.

PED. (Tiene razon, fuerza es llevar la evolucion adelante.) Arrodillense ustedes.

CAR... } (*De rodillas.*) Perdonadnos señor, perdonadnos!
CARM. }

RUP. Vamos... no puedo resignarme á ver casada á mi única hija con un pobreton.

PED. Considere usted hombre despiadado que el cólera, el morbus asiático!!! puede echarle á la sepultura en veinticuatro horas, y luego...

RUP. Ay! Es verdad, ya no me acordaba.

PED. Y luego quedará esa pobre niña sin padre, y sus hijos los nietecitos de usted sin abuelo...

RUP. - No siga usted.

PED. Considere que Dios puede castigarle, agravando su dolencia.

RUP. (*A Carlos apresuradamente*) Usted que tambien entiende de estas cosas, dígame estoy muy malo?

PED. (*A Carmen*) El señor es curandero?

CARM. Sí, entiende algo de medicina.

PED. Eh! será algun charlatan, alguno de esos industriales que especulan con la credulidad de las gentes sencillas, algun homeópata ó alópata de nuevo cuño.

CAR. Si no tiene usted nada, absolutamente nada: solo un poco de fiebre ocasionada por las molestias del viaje, lo mucho que ha andado hoy y sobre todo por la agitacion en que se eneuentra su espíritu.

PED. (Oh estupidez!) (*A Carlos á media voz y dándole con el codo.*) Asegure usted que está malísimo.

CAR. Para qué?

PED. Se pierde usted sin remedio.

CAR. Quiá!

RUP. Vamos, qué dice usted á esto, doctor?

PED. Que el señor es un pobre hombre y no sabe ni una palabra de terapéutica. Siga usted (*A media voz.*) mi consejo sino quiere morir *escarificado*.

RUP. Escarificado?

PED. Si, atacado de hidrofobia.

RUP. Dios me asista!

ESCENA XXI.

Dichos, PELEGRIN con un gran jarro blanco, un sangrador y un barbero con sanguijuelas.

PED. Por fortuna aquí está Pelegrin, el sangrador y sus acólitos; no podian llegar á mejor ocasion... Ea, don Cri-

sóstomo á la cama, despues de las sanguijuelas y la sangria tomará usted esta purguita, la misma que he recetado al señor y que es muy suave.

CAR. (Para los condenados!) Oh! no puedo consentir... (le va á matar este bárbaro!) Por Dios compañero, si don Crisóstomo no tiene nada...

RUP. (He aquí los médicos... ni ellos mismos se entienden, quién tendrá razon!)

CAR. (*Al oido.*) No haga usted tal cosa sino quiere ir á viajar al otro mundo.

PED. (*Al oido.*) Su futuro yerno anhela enterrar á usted cuanto antes para atrapar la herencia.

RUP. Señor, quién habla aquí verdad?

PED. (*Gritando.*) Yo!

CAR. Yo!

PED. Yo! yo!

CAR. Yo! yo!

PED. Usted es un charlatan!

CAR. Usted es un ignorante!

PED. Usted es un empirico!

CAR. Y usted es... un sábio! saque usted el veneno que hoy me recetó.

PED. La ignorancia siempre es atrevida; vea usted jovencito, lo que habla porque le denunciare á la autoridad y le costará la torta un pan... Ola! tiene usted mucho que estudiar y que aprender, amiguito, para atacar reputaciones como la mia; mas de siete millones de curas que he hecho en el extranjero, aquí, en la capital, en las provincias, en toda España, en una palabra; curas tan extraordinarias que rayan en fabulosas me dan títulos al aprecio y consideracion de cuantos me conocen... Usted señor Don Crisóstomo haga lo que le parezca mejor; pero si se muere, no se venga luego quejando de que no se le avisó á tiempo.

RUP. (Habla tan formal! con tanto calor y conviccion!... Y que interés puede tener en engañarme?... No! quien me engaña es el seductor de mi hija) don Pedancio acompañeme usted á mi alcoba... (*Don Pedancio le coge velozmente por un brazo y le arrastra para llevarselo. Carlos detiene á don Ruperto por el otro.*)

CAR. Señor, vea usted lo que hace! ese hombre por su falta de ciencia puede causarle la muerte sin pensarlo tal vez. En fin, quiere usted otra prueba de su profunda ignorancia? voy á dársela á usted aunque sacrifique mi felicidad. Cuanto le ha dicho de Carmen, es una mentira que yo le he hecho creer para obligar á usted á ceder á nuestros deseos

PED. ¿Con qué ahora se levanta usted con el santo y la limosna y despues de lo que le he servido me ultraja y me calumnia? Enredador, embrollon, salga usted conmigo!

CAR. Ahora mismo. (*Se dirigen á la puerta, don Ruperto se precipita sobre don Pedancio, Cármen sobre su amante.*)

ESCENA XXII.

Dichos, DOÑA DOMINGA. DON ANTONIO.

ANT. Detenéos!

DOM. Ese perverso, (*Señalando á don Pedancio.*) es el que queria matarme.

ANT. Señor Don Ruperto Valdermoso, usted por Madrid? (*Se abrazan.*)

RUP. Mi antiguo y querido amigo!

PED. (Que embrollo es este? ese es el nombre de mi tío!)

PELEG. (Tiro el diablo de la manta!)

ANT. Esta buena muger me mandó llamar á toda priesa, y como me digeron que estaba atacada del cólera vine al momento, sin sospechar que tendria la agradable sorpresa de encontrarme con usted.

RUP. (Ah! todo lo adivino.... la degradacion, la miseria, los malos consejos, el no reflexionar todas las consecuencias de un mal paso semejante le han traido hasta ese terreno.) Pedancio, ven acá, me conoces? (*Se le lleva á un lado de la escena.*)

PED. Señor!

RUP. Tu conducta es infame, pero te perdonaré con una sola condicion.... Al fin eres hijo de mi hermana.

PED. Cual?

RUP. Que eches al fuego tu diploma de médico y me jures ni acordarte en tu vida de que lo has sido.

PED. Desgraciadamente no-tengo ya otro recurso para vivir.

RUP. Eso corre de mi cuenta: yo pagaré á usted señora doña Dominga.

DOM. Daría á usted el doble por haberme librado de él y de su criado.

PELEG. (Esto va mal... fracasó el pronunciamiento, yo emigro á Francia, y me declaro proscripto.)

PED. (*A Cárlos y Cármen.*) He perdido un tesoro pero volveré á ser hombre honrado, y tendré dos amigos, no es verdad?

CAR. Dos hermanos. (*Le da la mano.*)

RUP. Cárlos, guarda esta cartera, es el dote de tu muger.

La honradez y la aplicacion por mas que digan, tarde ó temprano alcanzan su recompensa en el mundo, y si hay charlatanes que degradan la noble y humanitaria profesion de la medicina, como mi sobrino, tambien hay varones doctos é inteligentes como mi amigo; (*Señalando á don Antonio.*) jóvenes laboriosos é instruidos como tú, que con su filantropia y su ciencia redimen de la muerte á millares de infelices.

PELEG. Entre parentesis, señor don Pedancio, á mí quien me paga?

PED. El diablo!

PELEG. Mal deudor!

PED. Pues acude al que te ha inspirado esa diabólica idea que me ha perdido; al rey de los azotes, al cólera!!!

PELEG. (*Se vuelve al público y dice muy compungido*)

Ya que con tanta crueldad
Gira letras mi Señor
Contra tan fatal deudor...
Que viva la libertad!!
Ella el gran contraveneno
De todo lo malo es...
Tronado estoy! dadme pues,
Algo que remedie un trueno.
(*Señal de aplausos.*)

CAE EL TELON.

La historia de la medicina y la fisiología
de la vida humana en sus aspectos
fisiológicos y psicológicos. Este libro
contiene una descripción detallada de
los procesos fisiológicos y psicológicos
que ocurren en el cuerpo humano.
El autor describe los mecanismos de
la vida y la muerte, y los factores
que influyen en la salud y la enfermedad.

Este libro es una obra de referencia
para los estudiantes de medicina y
fisiología. También es útil para
los médicos que desean profundizar
sus conocimientos en estos campos.
El libro está dividido en capítulos
que cubren los aspectos más importantes
de la fisiología y la psicología.

El autor describe los procesos de
la vida y la muerte, y los factores
que influyen en la salud y la enfermedad.
Este libro es una obra de referencia
para los estudiantes de medicina y
fisiología. También es útil para
los médicos que desean profundizar
sus conocimientos en estos campos.
El libro está dividido en capítulos
que cubren los aspectos más importantes
de la fisiología y la psicología.

ESTE LIBRO

